

EDITORIAL

Educación y desarrollo rural

Una de las líneas prioritarias de investigación en el Centro de Estudios Educativos, desde hace ya más de dos décadas, ha sido el papel de la educación en el medio rural como apoyo a los procesos de organización, producción y desarrollo en el campo mexicano.

Desde entonces, el objetivo esencial ha sido coadyuvar al logro de la participación plena del campesino en el proceso del desarrollo rural. Esto significa no solamente que el campesino apoye este desarrollo e interactúe con otros sectores de la economía, sino que se vea igualmente beneficiado con sus resultados.

Un aspecto estudiado con bastante profundidad ha sido el de la promoción. A través de proyectos de investigación-acción se han analizado los efectos de las actividades promocionales y sus posibilidades de ser transformadas en procesos educativos. Específicamente, se ha trabajado sobre el modelo del extensionismo agrícola en zonas de temporal.

El producto de estas experiencias se ha cristalizado en metodologías de formación dirigidas a extensionistas y promotores oficiales o institucionales, con el objeto de transformar su práctica asistencial en una práctica educativa, que apoye al campesino en un proceso de recuperación y fortalecimiento de sus conocimientos y posibilidades de autogestión dentro de la sociedad.

Otro de los aspectos analizados es el de las relaciones entre la productividad y el ingreso de los campesinos, con la educación que han recibido por diferentes medios. De esta investigación derivaron importantes resultados orientadores para las políticas y programas educativos en el medio rural.

La investigación-acción ha permitido también desarrollar metodologías de apoyo a organizaciones campesinas para evaluar sus procesos, consolidar sus esfuerzos y recuperar la confianza en sí mismos, de tal manera que cada vez tengan mayores posibilidades de hacer frente a las crisis y a las presiones tanto internas como externas.

Aunando a la investigación realizada por el Centro de Estudios Educativos las voces de otros investigadores que también han abordado el problema desde distintos enfoques, puede decirse que se ha logrado conformar ya un cuerpo de conocimientos que si bien tienen mucho por indagar, aportan bases sólidas para la solución del problema.

Un resultado muy importante ha sido ubicar el papel de la educación no formal en la promoción rural.

Se sabe que algunos de estos programas, lejos de propiciar un mejoramiento cualitativo en la vida de los campesinos, pueden acrecentar las condiciones de dominación en las que se encuentran. Para que esto no suceda, es necesario que los programas educativos, ya sea de formación general o específica entre los campesinos, se inserten en procesos de transformación estructural al modelo de desarrollo que impera actualmente.

Por otra parte, la investigación ha desterrado plenamente los mitos existentes con respecto a la resistencia irracional del campesino al cambio y a su incapacidad por aprender. Se ha demostrado que es el enfoque modernista del desarrollo el que ha obstaculizado la comunicación directa y horizontal con el campesino, de tal forma que se puedan aprovechar tanto los conocimientos que él posee sobre su quehacer agrícola, como su disposición a la experimentación y al aprendizaje.

En la búsqueda de soluciones al problema se han experimentado procesos educativos que apoyen al campesino en el análisis de su problemática mediata e inmediata, y en la planeación y puesta en práctica de acciones para la solución de la misma.

Desde una perspectiva tecnológica, se ha generado ya un amplio acervo de tecnologías apropiadas que utilizan recursos locales y pueden ser experimentadas en tierras de secano. Cada día es mayor el número de proyectos que tienen como propósito la experimentación y generación de tecnología a partir de los intereses y con la participación de los propios productores.

Aunque la investigación sobre los procesos de aprendizaje de los adultos ha dado apenas sus primeros pasos, la experiencia ha permitido clarificar un conjunto de postulados básicos que orienten los programas educativos con campesinos adultos. También se ha incur-

sionado en el terreno del diseño curricular para programas de asesoría técnica.

Este panorama deja ver un conjunto de esfuerzos, búsquedas y hallazgos que bien podrían sentar las bases para lograr que esa gran parte del sector agrícola participe de manera justa en el desarrollo y se beneficie de él.

Todavía quedan muchas preguntas por responder, sobre todo en torno a la racionalidad campesina y a la forma de potenciar los procesos de generación y apropiación de conocimientos entre ellos; en la búsqueda de formas organizativas que los lleven a enfrentar con éxito las transformaciones que les impone el crecimiento nacional; en la forma de conjuntar el trabajo con un incremento real del ingreso, etcétera.

Hace falta, además, una mayor comunicación entre educadores, agrónomos, sociólogos, antropólogos y otros tantos investigadores dedicados al problema, para evitar el aislamiento de las experiencias y consolidar lo ya aprendido.

Sin embargo, lo más importante es que hoy nos encontramos con que el problema del mejoramiento de la calidad de vida del campesino sigue estando en primer plano. A pesar de la intención manifestada por lograr un proceso equitativo de todo el sector agrícola, los planes y programas que se implementan producen el resultado contrario: las ganancias de la agroindustria se elevan, abriendo con ello una brecha cada vez mayor entre los ingresos de los empresarios y los de los campesinos y dejando siempre al margen al grupo menos favorecido: el campesino de temporal.

Este último, que constituye el grupo mayoritario entre los agricultores, sigue caracterizándose por sus bajos niveles productivos (dirigidos concretamente hacia la subsistencia familiar), por contar —cuando es el caso— con propiedades pequeñas (menos de 10 has.), por usar tecnología “tradicional” y porque gran parte de ellos habitan en tierras de secano; además, su acceso a todo tipo de servicios es muy deficiente.

Lo anterior nos indica que los esfuerzos realizados hasta hoy no han sido suficientes. Quede claro que el problema no es de forma, sino de fondo.

Toca a los investigadores continuar analizando el problema en sus diferentes aspectos: humano, tecnológico, económico, político, social, y ofrecer soluciones cada vez más integrales.

Pero los avances de la investigación no lo aportan todo. Para que su utilidad se vea potenciada es necesario que a ellos vaya aparejada una política consistente para el desarrollo rural. Por lo tanto, le

corresponde al Estado aprovechar el fruto de muchos años de estudio y experimentación cuyo denominador común es el respeto a la persona del campesino y a su derecho para vivir dignamente.